



GUILLERMO, EL GRUMETE.

Juan Pedro Valdivieso, era padre de tres hijas y un hijo, y el pobre tenia bastante trabajo en mantener tan numerosa familia con su oficio de carpintero de navíos. Los armadores enviaban por aquella época, (el año de 1772) muchos navíos al mar, pero habia tantos carpinteros en el Ferrol, que solo los mas hábiles estaban ocupados, y ganaban con holgura su vida. Juan Pedro se veia siempre reducido á trabajar para los pobres pescadores, cuyos barcos componia sin hacer grandes ganancias. Habia, pues, gran miseria en la casa de Valdivieso. Vivía en un cuarto húmedo, en el piso bajo de una casa vieja en una de las calles mas estrechas y malsanas de la ciudad. Pasaba el invierno sin lumbre, y á veces sin poder hacerse un vestido de lana azul para sustituir á la blusa de lienzo con que se vestia el verano. Sus hijos tendidos en un gran jergon, no tenian mas abrigo que una vela agujereada de un bote. De los cuatro hijos del carpintero, el que soportaba con mas resignacion las privaciones y sufrimientos á que estaba condenada la

familia, era Guillermo, y este era el mas joven y el mas débil. Pero en cambio tenia un carácter que contrastaba con su debilidad exterior. Guillermo conociendo que el estado de su padre no podia proporcionarle porvenir, fué á ver al padre Mateo y le comunicó el proyecto que tenia de embarcarse.

—¿Qué, le dijo este, no estás contento con el oficio?

—Me gusta, pero no promete nada: hay muchos carpinteros de mar en el Ferrol y nunca hay marinos; voy á ser marino. Usted que sabe escribir, hágame el favor de poner lo que le voy á dictar para mi pobre padre. Me llevará usted la mano y firmaré.

—Sea, amigo Guillermo, le contestó aquel, me parece bien, vamos, dicta....

—«Padre mio: el oficio no promete, ni para usted ni para mí. Yo me prometo mucho de la marina. Por consiguiente me embarco; he escogido al efecto la *Sultana*, me he informado y marcha á la India, voy á ser grumete. No le pese á usted porque estoy seguro que será el principio de mi fortuna, la vuestra y la de todos los de la familia á quienes no olvidaré. Marcho sin veros, sin abrazaros, porque lloraria, y porque acaso vos no me lo permitiriais. Marcho tambien sin el consentimiento del capitán de la *Sultana*, porque él no querrá tal vez valerse de mí. Cuando vuelva nos regocijaremos de volvernos á ver, seré yo grande, tendré doce años, y habré ido á la India. A Dios. Es inútil el llanto; abrazad por mí todas las noches á mis hermanas, y que recen por el mas pequeño.—Guillermo.»

Ahora, señor Mateo, dijo el marinerillo; no enviareis este papel á mi padre sino despues que veais desde la torre á la *sultana* ya lejos, es decir mañana por la mañana, porque es cuando sale.

—Pero hijo mio: ¿cómo vas á hacer para introducirte en el barco?

—¿Cómo? No os inquieteis; yo me acostaré esta noche en casa como de costumbre, y mañana á las siete en lugar de ir al taller me embarcaré sin que nadie me vea. Lo hizo así como lo habia dicho.

A las ocho la *Sultana* salia del puerto y desplegaba sus velas, á lo que los marinos llaman aparejar. Guillermo se habia escurrido una hora antes, y se habia escondido al momento en la sentina del navio. Oculto en un oscuro rincon, tubo la constancia de permanecer allí un dia entero, manteniéndose con una galleta, única provision que llevó.

Al dia siguiente, juzgando que la embarcacion debia estar bastante lejos del Ferrol, para que le volvieran á casa de sus padres, Guillermo se aventuró á subir sobre cubierta en donde su aparicion causó gran sorpresa.

—¡Ola, dijo el marinero que le vió el primero, ¿quién es ese raton que como un hombre trepa á cuatro pies desde la cala á lo largo de esa cuerda?

—Es un chico desconocido, respondió el guarda-almacen.

—Vereis como es algun picaruelo, que cansado de vagar por las calles del Ferrol, viene aqui á fastidiarnos. Cuidado con las espaldas, camarada, porque el látigo del señor Santiago tiene diez nudos, que enrojecen la piel de un Grumete como un sablazo....

Guillermo no se asustó. Como criado en un puerto sabia los fuertes castigos que se daban en aquella época á los muchachos que hacian el aprendizaje de la marina, por la menor falta y la mas pequeña negligencia en el servicio. Contestó, pues al marinero que le amenazaba.

—Aunque usted perdone : ¿ es usted el capitan de la Sultana ?

—No, respondió el marinero.

—Es que yo queria hablarle á él en persona.

—¿ Dices que quieres hablarle, pues bien ¿ ves aquel señor gordo, que tiene el pelo empolvado, muy atusado con un peine, y que está fumando allá abajo, arrimado al palo en donde está el pabellon ? pues aquel es.

—Pues allá voy, dijo tranquilamente Guillermo.

Se quitó con cortesía el gorro de lana, le puso debajo del brazo y se presentó sin timidez, pero sin arrogancia al capitan de la Sultana, á quien contó sencillamente su historia.

El capitan escuchaba al niño, quien procuraba leer en los ojos de aquel su suerte futura : miró con atencion á Guillermo, cuyo semblante era pálido porque estaba enfermo. Cuando Guillermo acabó le dijo el capitan.

—Has hecho mal en embarcarte sin pedirme permiso.

—Entonces mandad que me echen al agua, respondió bajando los ojos Guillermo, y se puso de rodillas implorando perdón. El tono severo del capitan le impuso mas que las amenazas de Santiago.

—Yo no puedo volverte á tierra, tampoco puedo echarte al mar, con que será preciso tenerte aqui.

—¡ Oh señor capitan, gracias, gracias ! Usted verá que no tendrá porque arrepentirse ; yo aprenderé todo lo que usted quiera, yo haré todo cuanto usted me mande ; y ademas puedo servirle á usted como carpintero ; porque he trabajado en el Ferrol en este oficio durante un año.

—Vamos, levántate. Te hago grumete, estarás á mi servicio, y si eres bueno, yo te educaré.

Guillermo se levanta y saltaba de alegría.

—Capitan, si quisiéseris mandar que me diesen de almorzar

:

porque tengo hambre, no porque no debiese de estar acostumbrado á tenerla añadió sonriéndose y acordándose sin duda de su padre y hermanas.

—Baja á mi cámara y alli te darán algo.

Comió, subió en seguida á cubierta y fue á decirle con aire socarrón á Santiago..... Santiago: Ya soy grumete: grumete del capitan, lo entiendes? Y esto ya es ser algo..... y cantaba, y bailaba.....

—Santiago le contestó, si, es ser algo, á quien dan palos.

Guillermo empezó inmediatamente á hacer el servicio. El aprendizaje de la marina le pareció mas duro que el de carpintero, pero nunca se quejó, era ya dichoso, pues se encontraba bien comido, bien vestido, etc.; el capitan habia hecho que un marinero sastre, como lo son casi todos, le arreglase una chaqueta de paño y un pantalon. Dormía en una hamaca bajo una cubierta de lona. ¡Era tan feliz comparando su actual existencia con la que habia dejado! El subir á las cuerdas, trepar á los palos, plegar y desplegar las velitas altas, segun lo que sus manos permitian, todo esto no era nada para él; era ágil, ligero, imitaba todo lo que veia hacer, y ninguna leccion de las que le daban era sin fruto, tanto que al cabo de poco tiempo, era un grumete muy útil.

El capitan de la Sultana le habia tomado cariño, y pensó en darle una educacion que pudiese proporcionarle hacer su papel, á lo menos en la marina mercante, aprendió á leer por diversion: el tiempo que dedicaba á los libros, era el recreo mejor para él; era acaso el único porque se hallaba muy ocupado en la manioobra del navío, y del servicio de criado que prestaba al capitan. Supo pronto leer, y si puso tanto cuidado en este estudio, fué porque queria aprender á escribir; vosotros adivinareis, niños, porqué deseaba tanto poder escribir. ¡Qué dicha será para mi padre recibir una carta mia! decia.

La Sultana, no habia llegado aun á el cabo de buena Esperanza, cuando Guillermo, estaba ya en aptitud de escribir una carta inteligible á Juan Pedro. En cuanto tubo ocasion, la escribió en efecto. Un barco que partia del cabo volvia al Ferrol; escribió la carta, y encargó á un marinero de este buque mercante, que la echase al correo cuando llegara á la Coruña. El orgullo es necio pero si á veces es excusable es cuando le tiene aquel que ha hecho una cosa mucho mas pronto que la que hubiera hecho otro cualquiera. Escusemos, pues, á Guillermo que fue á jactarse entre sus compañeros de la carta que habia escrito. Segun él este primer progreso encerraba todo un porvenir.

Despues de leer y escribir con perfeccion, el grumete, pasó á los estudios de la navegacion en los que marchó rápida-

mente. El capitán estaba muy contento con su discípulo, y el discípulo por su parte muy reconocido á las bondades de su maestro, y le amaba como á un segundo padre y él le correspondía, como pudiera hacerlo el hijo mas tierno.

Llegó un día en que pudo dar una prueba de ello, y vais á ver, y juzgar de su comportamiento.

La Sultana, cargada de mercaderías, tenia un pequeño armamento militar, para defenderse de los ataques de los corsarios, llevaba ocho cañones de un calibre regular. El capitán era valiente, la tripulación compuesta de 25 hombres, eran marineros veteranos que habian hecho la guerra con nuestros mejores marinos. Podia, pues, presentar batallas á uno de estos piratas que abordan los navíos mercantes, para combatirlos, saquearlos, robarlos y quemarlos. Al aproximarse la Sultana, á las costas de España encontró un corsario maniobrando para darla alcance. El capitán se preparó al combate. El buque Inglés era temible, pero la Sultana era resuelta.

En vez de desplegar velas para ponerse en fuga, esperó con valor á su enemigo. El combate se empeñó y pronto se hizo terrible. Corrió la sangre en la cubierta de la Sultana, lo que al principio intimidó á Guillermo, y en seguida le dió el valor que inspira la cólera. Un marinero amigo suyo, esto es, de los que le solian defender contra las tacañerías de los demas, fué herido, y Guillermo lo sintió mucho. Hubiera querido vengar á su compañero, pero él no apuntaba el cañón, á el que solo estaba agregado como conductor de pólvora; por consiguiente se contentó con los buenos deseos. Sin embargo, se dió el abordaje, los dos buques se acercaron, y Guillermo con los otros grumetes subió á la punta de las bergas para echar los cloques que debian mantener cerca á los dos combatientes durante este periodo de la lucha. Bajó al momento y fué á la cámara de popa en donde estaba el capitán.

Algunos ingleses habian subido ya á bordo de la Sultana, y principiaba el degüello. Guillermo armado de un sable, se arrojó con valor á un grupo en donde cuatro hombres se batian desesperadamente. El sable de nuestro héroe de diez años se rompió contra una arma inglesa, lo cambió, y vino hácia el capitán. Este se batia cuerpo á cuerpo con uno de los oficiales del corsario, y fué bastante afortunado para tumbarle á sus pies de un pistoletazo. Otro inglés le atacó de repente, y le tenia hacia tiempo ocupado, lo que visto por un tercer marinero extranjero llegó por la espalda para matar al capitán. Pero Guillermo estaba allí, dejó avanzar algunos pasos al corsario, saltó sobre un cañón para ponerse á la altura de su colosal adversario y le dijo: ¡Bribon, quieres matar á mi padre? Toma, y le mató con un pistoletazo. No fué esto solo: los ingleses se

habian casi apoderado del castillo de popa de la Sultana, la tripulacion española que ya habia perdido diez hombres, se replegó y el combate se hizo furioso. Allí Guillermo se volvió hombre; él se multiplicó, estaba en todas partes, se encontraba á la vez á derecha é izquierda, cerca y lejos del capitán.

Ea, valientes, dijo el primer oficial de la Sultana, ¿permitireis que un puñado de miserables nos haga su presa? Valor, no perdonar á ninguno; seria hermoso llegar á la Coruña llevando á remolque un corsario Inglés. Estas palabras electrizaron á los marineros del buque y sobre todo á Guillermo. Se batieron tambien que volvieron á ganar ventaja; el enemigo se vió obligado á replegarse á su vez, y todo el que no fue bastante ligero para volver á pasar al corsario, encontró la muerte en la cubierta del buque mercante. Se habia escondido un hombre en una cabañita construida en la proa de la Sultana, en donde se alojaban dos de sus oficiales, aguardando un momento favorable para matar al capitán. Guillermo le vió, volvió hácia él y le tiró con un mosquete que apenas podia levantar, y le dió la muerte. El corsario pretendia ya desenvolverse para huir. Saltamos á bordo, dijo entonces el capitán español, este tunante se nos quiere escapar.

No necesitaron que lo repitiera, los españoles inmediatamente estuvieron sobre la cubierta del Corsario, que no pudo preveer su movimiento. Guillermo saltó uno de los primeros sable en mano. Un grumete inglés custodiaba la bandera, Guillermo corrió hácia él, y por un movimiento de compasion natural en su edad, (acaso pensó que este niño tendria padres y que fundarian en él la esperanza de sus vidas) le hizo señal de que se alejara. El otro no quiso hacerlo, y le desarmó de un sablazo, y él mismo dejó el arma, y peleó á puñetazos con su enemigo para vencerle sin herirle. El grumete inglés tenia lo menos dos años mas que Guillermo; pero fue atacado por un valiente, para quien nada suponía esta desventaja. Al momento cayó en tierra, y tuvo el dolor de ver bajar la bandera del asta donde ondeara. Cuando un buque arria ó baja su bandera, se confiesa vencido, y la del vencedor reemplaza la que acaba de caer. Guillermo pidió á bordo de la Sultana una bandera española que el capitán le dió al momento, y la enarboló gritando «viva el rey.» Esta fué la señal de la derrota del buque inglés. Resistió aun algo hasta que se rindió, y lo que el capitán deseaba se cumplió. La Sultana tomó rumbo á la Coruña llevando á remolque al buque Corsario que habia apresado. Despues del combate cuando el orden se restableció un tanto, cuando se lavó la sangre que corriera sobre la cubierta de la Sultana, cuando se curaron los heridos, y se echó al agua á los muertos, el capitán hizo presente su agradecimiento á los marine-

ros por su valor y prometió á cada uno la recompensa á que se hubiese hecho acreedor, por haber ayudado á salvar el cargamento del armador, y honrado el pabellon español, cogiendo un buque inglés. Cuando llegó á Guillermo, ¿y qué dará á mi grumete, dijo, que me ha salvado diez veces la vida?

—Ha hecho una proeza, dijo un marinero.....

—Es un valiente, añadió Santiago: Yo le he visto en todas partes repartiendo sablazos, y tiros como un soldado veterano.

—Ven hijo mio á mis brazos, dijo el capitan: tu serás mi hijo.

—Y el de Juan Pedro tambien, ¿no es así capitan?

—Sí, el de Juan Pedro tambien. Yo soy rico, no tengo hijos: Yo te adopto..... Todo cuanto sea necesario sacrificar para darte carrera, yo lo haré con gusto, mi Guillermo. Y ahora para recompensar tu conducta en este dia, te doy cinco mil duros que cobrarás tan luego como lleguemos al Ferrol. ¿Estás contento? Guillermo no habia llorado desde que la Sultana se habia hecho á la vela, lloró pues, al oir esta allocucion del capitan, pero fué de alegría, de ternura y de reconocimiento.

¡Si estoy contento! respondió cuando pudo hablar. Yo lo creo, padre mio. ¡Qué bueno sois! cien mil reales! Esto es una fortuna inmensa. ¡Ahl pobre Juan Pedro, pobre Catalina, vais á ser dichosos.... ¿Volveremos pronto al Ferrol, capitan? Es tan buena noticia para ir en persona á dársela!

—En cuanto hayamos vendido nuestro cargamento y reparado el buque, acribillado por el Corsario.

—¿Y será pronto...

—En dos meses poco mas ó menos....

—Es mucho, capitan....

—Pero encontraremos buques aprestados para marchar allá, tu escribirás á Valdivieso y le remitirás mil duros que yo le regalo, por ser padre de tan buen hijo. Guillermo, se echó en brazos del capitan otra vez para darle gracias. Toda la tripulacion se alegraba de la fortuna de Guillermo, todos le abrazaban, le felicitaban, le acariciaban. Ya no le miraban como á un chico comun, le respetaban, y el contramaestre se lo hizo entender diciendole: Guillermo aunque no tienes mas que diez años, ahora eres ya un hombre y si por casualidad cometieses una falta, ya no te azotarian, solo te darian en las espaldas como á un marinero. Esto es honroso, querido jóven.... Llegaron á la costa española y el primer cuidado de Guillermo fué el de preguntar por un buque que marchase al Ferrol. Habia una fragata dispuesta á aparejar para otro viaje. Si pudiese llevarme, aunque me costaria mucho dejar á mi capitan á quien tanto debo? ¡Pero seria tan dulce volver á ver á Juan Pedro, y á mis hermanas! En fin se decidió á hablar de su pensamiento al capi-

tan. Tienes razon amigo mio, le respondió aquel, eso es propio de un buen corazon. Voy á procurar el arreglar tu partida....

El capitan de la fragata se encargó gustoso de Guillermo, á quien el de la Sultana recomendó eficazmente. El marino militar admirado de la conducta del oficial mercante, en su combate contra el Cosario, protegió en cuanto pudo al valiente niño, le llevó consigo, no como grumete, para su servicio, sino como voluntario. La fragata debia salir pronto; y Guillermo pasó todo el tiempo que le quedaba con su segundo padre. Estaban careando la Sultana, y se prestó á trabajar, y cuando estaba en el puerto, sobre un andamio suspendido fuera del navio, haciendo uso del martillo y el hacha, como buen trabajador los habitantes de la ciudad que habian oido contar su historia y su valor, en el combate venian á admirarle. La fragata se dió á la vela, Guillermo se habia despedido con ternura de su bienhechor, se separó de los grumetes y marineros sus compañeros dándoles las gracias por lo que le habian enseñado. El capitan de la Sultana, habia remitido seis mil duros á *M. Billeneuse* con encargo de que tubiese cuidado que el niño y el dinero llegasen á el Ferrol. La travesía fué larga cuya circunstancia impacientó mucho á Guillermo, pero sin ningun accidente de consideracion. El hijo de Juan Pedro tenia un poco mas de once años cuando volvió á ver el Ferrol y su familia. Seria difícil explicar la alegria de los cinco Valdiviesos en su primera entrevista. Figuraoslo, niños, vosotros que amais á vuestros padres, y que sentiriais tanto una separacion de dos años. Los vecinos se alegraron tambien; Guillermo tenia tanto que contar! habia visto tantas cosas!

El tercer dia despues de su llegada ya el curso diario de su casa habia cambiado un poco, y Guillermo dijo á su padre: es menester tener un dia una buena comida. Convidaremos al padre Mateo y nos regalaremos perfectamente. En efecto fué á convidarle, y al medio dia se sentaron en el mejor bodegon del puerto, seis personas á la mesa con un pabo, una ensalada, un pedazo de anguila de mar, y dos botellas de buen vino. Comieron bien, Guillermo habló de sus viages, y tenia encantado á Juan Pedro, y al padre Mateo. Ya era la media noche, cuando se retiraron alegres, dichosos y bendiciendo al cielo al capitan de la Sultana y á Guillermo. Aqui empieza para nuestro grumete una nueva carrera, la carrera de la marina. *M. Billeneuse* que habia apreciado el caracter de Guillermo, se hizo su protector. A los doce años, le hizo embarcarse como voluntario en un navío de guerra que iba á América. Yo no seguiré á Guillermo en sus campañas: básteos saber, que estuvo en la India en la fragata que mandaban unos de nuestros célebres marinos que

en mil setecientos setenta y dos á la edad de 18 años, siendo porta de navío, saltó el primero en un abordaje lo que le valió el grado de subteniente de navío, posteriormente obtuvo una de las primeras condecoraciones de honor que se dieron á la marina: siendo ya capitán de fragata se portó con valor en el combate de Trafalgar, como lo habia hecho en otros ciento. Hoy es ya teniente general y hace 16 años que lleva las dos brillantes insignias de su grado.

Ya veis que el porvenir con que contaba no le ha faltado: y es que rara vez falta el premio á el que tiene la generosa ambición de prosperar por medio de la constancia en el trabajo, valor en la adversidad, y una razonable confianza en sus propias fuerzas. Si Guillermo, siendo niño, hubiese sido perezoso, blando, tímido, si hubiese querido poco á su padre y hermanas, si hubiese preferido á un aprendizaje trabajoso el vergonzoso oficio de mendigo, la marina y la España hubiesen carecido de este excelente oficial. Juan Pedro Valdiviesos, Catalina, Margarita y Luisa, su padre y hermanos hubiesen muerto de miseria y él mismo hubiese vejetado en una leñera del Ferrol. Una buena resolucion cambió todo. El pobre niño que llegó á la Sultana con un tosco sayal remendado de pedazos de todos colores, lleva hoy una casaca de paño fino con bordados de oro en el cuello, pecho y mangas, tiene muchas cruces que ha ganado bien, y una espada que su pueblo nativo le ha ofrecido en recompensa de uno de sus gloriosos combates, reemplaza hoy al sable de grumete.

El hijo del pobre carpintero, tiene dos hijos, el uno es oficial de marina, y promete ilustrarse en la carrera que ha honrado al general Guillermo, el otro muy bueno, ha elegido el oficio de Juan Pedro. Despues de haber estudiado en la escuela náutica, y haber entrado en ingenieros, ha agarrado el hacha, y se ha dedicado á aplicar á la carpintería de navíos la teoria que aprendiera.

Hoy es director de uno de los mejores astilleros del comercio de España.

Tendreis niños curiosidad de saber qué ha sucedido al padre y hermanos de Guillermo? Voy á deciroslo. Se han casado; la primera con un armador del Ferrol, la segunda con un capitán de navío; y la tercera con un corredor de comercio. En cuanto á Juan Pedro, vive muy anciano en una casita que le ha comprado su hijo cerca de Lugo. El general Guillermo es rico. Al principio de la guerra de la revolucion ha hecho grandes presas en el mar, y ademas el capitán de la Sultana le ha dejado sumas considerables que ha empleado muy bien. Su fortuna no le ha hecho orgulloso, habla á menudo y sin afectacion de su antiguo hecho, de la vela rota

que le servia de manta, de sus mezquinas comidas de la infancia y para recordar á sus aduladores: (porque los tiene) aunque no los aprecia, su origen, tiene colgados en su sala los zapatos de madera del Ferrol y su azuela debajo de la cual, está retratada la Sultana. Sus sobrinas que son un poco vanas y coquetas, le han suplicado varias veces que quite aquel adorno, pero siempre las responde es bueno cuando se gastan zapatos de raso blanco, acordarse que hay pobres que los tienen de madera, y que entre ellos se ha contado mucho tiempo su padre, madre y tios. Para ser humano con los pobres es preciso acordarse de su antigua miseria. Los zapatos de madera estarán pues ahí; con ellos empecé mi fortuna, y yo no me avergüenzo de haber sido menestral, antes de ser grumete. Si vosotras teneis vanidad, tanto peor para vosotras, la vista de este instrumento será vuestro castigo. Yo tengo mucho gusto en verle y en ver esta Sultana donde encontré mi primer protector, en donde comí bien por primera vez, en donde no me castigaron á pesar de ser grumete, y no tener mas que nueve años.

Esta es la historia de Guillermo el grumete, y la de casi la mayor parte de nuestros célebres marinos antiguos y modernos.



HISTORIA SAGRADA.

CUADRO X.

MATRIMONIO DE JACOB.

Jacob dijo á su tio Laban que venia á buscar una esposa, y le pidió á Raquel su hija segunda; á la que profesaba cariño. Tambien se obligó á servirle gratuitamente durante siete años, para merecerla. Laban se prometió formalmente á dársela en matrimonio pasado este tiempo.

Pero Laban tenia otra hija llamada Lia que era fea, y á quien Jacob no amaba.

Como su padre tubiese miedo de no poderla casar, hizo una accion culpable para darla un esposo. Cuando pasaron los siete años Jacob dijo á Laban.

—Dadme mi esposa, puesto que el tiempo que me comprometí á serviros ha transcurrido.

Laban le engañó, dándole por muger á Lia. Entonces el hijo de Isac se comprometió de nuevo á servir otros siete años á Laban para casarse con Raquel. ¡Admirad, hijos míos, el valor y la perseverancia de Jacob! ¡Ved cuán digna de elogio es su conducta! Para satisfacer los deseos de su madre que le habia mandado casarse con una muger de su familia, se comprometió á servir otros siete años, para llevarse consigo á Raquel, que él sabia la agradaria, porque era mas jóven, mas hermosa y mejor que Lia. Laban por el contrario, merece todo vuestro desprecio, porque el hombre que falta á su promesa, debe ser despreciado de todo el mundo.

Despues de estos catorce años de trabajo y de penas, Laban consintió en fin en dar su hija Raquel á Jacob.

Lia tubo muchos hijos, Ruben, Isachar, Zabulon y una hija llamada Dina.

Jacob, viendo que Raquel no tenia hijos, se casó con otras mujeres, que dieron á luz, á Dan, Naptalí, Gad, y Aser.

Raquel suplicó al Señor que le diese un hijo; Dios se mostró propicio á sus súplicas y poco despues echó á el mundo á Josef.

Jacob separado de su madre por largo tiempo, pensó en volver á su pais. Pidió á Laban los salarios que ganó en su servicio durante muchos años, y llegó á tener grandes riquezas. Pero los otros hijos de Laban veian con envidia el poder de Jacob. Entonceste para evitar su odio, resolvió alejarse. El Señor

se le apareció y le dijo: vuelve al país de tus padres, á tu familia, y mi bendición te acompañará. Jacob llamó á Raquel y Lia: veo que tu padre no me trata ya con bondad, le dijo, y sin embargo sabeis que le he servido con todas mis fuerzas, también ha usado conmigo de supercheria, pero Dios le ha castigado porque el bien que quería quitarme me lo ha devuelto.

Nuestro mismo padre, nos ha tratado muy mal. Hemos sido para él como extranjeros; pero el Señor nos ha hecho justicia, y ha tomado las riquezas que poseía para dárnoslas. Así pues, haced lo que ha mandado.

Jacob hizo montar á sus mugeres é hijos sobre camellos, y llevando consigo sus ganados, y todo cuanto había adquirido en Mesopotamia, partió á buscar á su padre al país de *Canaan*.

Laban estaba ausente cuando Jacob se marchó. A su vuelta habiendo sabido su marcha, salió á perseguirle con sus hermanos y esclavos, y le alcanzó junto al monte Galaad. Entonces le reprendió por su fuga, y le acusó de haber robado los ídolos, es decir, la figura de los falsos dioses que adoraba.

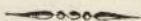
Raquel era la que para honrar al Señor se había llevado los ídolos; Laban los buscó por todas partes. Cuando entró en la tienda de Raquel, ésta los ocultó bajo la litera de los camellos y se sentó encima. Laban no los pudo encontrar. Jacob la reprendió su conducta.

—¿Qué falta había yo cometido, dijo, para obligaros á correr tras de mí con tanto ardor?

¿Es esta la recompensa de veinte años que he estado en vuestra casa? Y durante este tiempo no os he servido lo mejor que he podido? ¿No he trabajado con celo y fidelidad? ¿No he guardado vuestros ganados? Por el día sufría los calores, por la noche el frío helaba mis miembros, y el sueño huía de mis ojos.

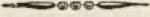
Y vos, hombre sin fé, no habeis alargado hasta diez veces el término de mis trabajos, negado vuestras promesas, y reusado darme lo que me debiais? Si el Dios de mi padre no me hubiese asistido, vos me hubiéseis dejado desnudo; pero el Señor velaba sobre mí. Laban reconoció sus pecados é hizo alianza con Jacob.

Levantaron un altar y ofrecieron un sacrificio al Señor, en señal de reconciliación, y habiendo Laban abrazado á sus hijos é hijas, las bendijo, y se volvió á su casa.



LAS TRES GRULLAS.

CUENTO DE VIEJAS.



Un soldado habia ganado un poco de dinero á fuerza de trabajo y economía: nunca iba á la taberna, pero se juntaba con malas compañías que se fingian sus amigos, á fin de robarle el dinero. Un dia le digeron: «Escucha amigo,» ¿A qué fin estar mas tiempo encerrados como prisioneros en este pueblo? Si probásemos fortuna tal vez nos haríamos ricos, sobre todo, tu que tienes talento. Le engañaron de modo que se decidió á desertar con ellos. Al aconsejarle asi tenian el designio de quitarle el dinero. Despues de haber caminado algun tiempo le digeron que era menester tomar el camino á la derecha, para llegar á la frontera. No quiero, dijo el soldado, eso seria volver al pueblo, es menester que tomemos el de la izquierda. ¡Cómo te atreves á contradecirnos? Al mismo tiempo se echan sobre él, le apalean, le tiran al suelo y le roban el dinero; y no contentos, le dejan casi ciego hiriéndole en los ojos. Le llevan á un madero inmediato, le atan á él y vuelven al pueblo provistos con el dinero que acababan de robarle. El pobre ciego, á quien no ataron bien, ignoraba el sitio en que le dejaron y despues de muchas averiguaciones resultó estar atado á una viga de madera, que el pensó ser una cruz. ¡Qué dicha para mí que estos pillos se hayan acordado de atarme á esta cruz. Ciertamente, Dios ha venido en mi auxilio. Y se puso á dirigir al cielo fervientes súplicas. Al acercarse la noche oyó ruido á su inmediacion: eran tres grullas que volando vinieron á fijarse sobre el madero. Escuchó su discurso con atencion. Hermanas, dijo la primera. ¿Qué nuevas nos traeis? ¡Asi los hombres supiesen lo que nosotras! La hija del rey, esta enferma, y el rey padre la ha prometido al que la cure, pero nadie puede curarla sino quema el sapo que está en el estanque vecino, para darla á beber sus cenizas. En seguida dijo la otra. ¡Ahl si los hombres supiesen lo que nosotras! Esta noche va á caer un rocío tan maravilloso y tan saludable, que el ciego que se lave los ojos con él, recobrará la vista al instante. En fin la tercera dijo. ¡Ahl si los hombres supiesen lo que nosotras! El sapo no puede ser útil, mas que á un individuo, y el rocío á pocas personas pero hay en el pueblo una gran sequia: todos los pozos se han agotado, y nadie sabe que para obtener una agua hermosa y clara, basta levantar la losa cuadrada que está en la plaza pública, y ahondar la tierra en aquel sitio. Despues de haberse hecho estas confianzas echa-

ron á volar. El soldado que poco á poco se habia ido soltando, se baja, recoje algunas yerbas y se lava los ojos con el rocío que acababa de caer; al momento recobra la vista y percibe la luna y las estrellas, pero al mismo tiempo observa que se halla debajo de un leño. Deja este sitio para cojer la mayor cantidad posible del precioso rocío: en seguida va al estanque, hace un hoyo profundo, para agotar el agua y buscar mas fácilmente el sapo que debe reducir á cenizas; despues de quemar el reptil juntó con cuidado sus cenizas maravillosas, y se fué á palacio á curar á la hija del rey. Cuando estuvo curada pidió casarse con ella conforme se habia prometido públicamente. El rey incomodado de tener que casar su hija con un hombre de condicion baja, le dijo: Que el que quisiese ser su yerno, tenia que suministrar agua á la ciudad, esperando desembarazarse asi de la promesa. Pero el soldado mandó levantar la piedra cuadrada que habia en la plaza del mercado y ahondar la tierra, diciendo que estaba seguro de encontrar agua. En efecto, en cuanto comenzaron á ahondar se vió saltar un manantial de agua. Entonces el rey, no pudo negar al soldado el que se casára con la princesa que fué feliz con él. Poco tiempo despues paseándose por el campo encontró á los camaradas que le habian maltratado y sin ser reconocido por ellos los habla y les dice: «Yo soy vuestro antiguo camarada á quien arrancásteis los ojos de un modo tan infame, pero Dios ha permitido que este fuese el origen de mi felicidad. Entonces se arrojaron á los pies del príncipe pidiéndole perdon. Era generoso, y les perdonó, los llevó consigo y les dió comida y vestidos, contándoles en seguida sus aventuras, y lo que le habia proporcionado ser yerno del rey.

Los dos camaradas se propusieron pasar igualmente una noche en el madero con la esperanza de ser felices, y no descansaban, ínterin no verificaban su proyecto. Habiendo ido al madero no tardaron en oir á las grullas revolotear sobre la cabeza, una de ellas dijo á las demas: Escuchad hermanas; es preciso que alguno haya oido nuestras conversaciones, porque la hija del rey ha sanado, el sapo ha desaparecido del estanque, un ciego ha recobrado la vista, y han abierto un pozo nuevo en la ciudad, vamos á buscar al curioso, y puede que le encontremos.

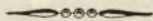
Entonces volaron hácia abajo, y encontraron dos hombres que no tubieron lugar de escaparse. Se precipitaron sobre ellos, les arrancaron los ojos á picotazos, y no cesaron de acribillarlos hasta que estuvieron muertos. Sus cadáveres quedaron debajo de los árboles. Algunos dias despues el príncipe viendo que no volvian les hizo buscar, y no se encontraron mas que huesos cerca del madero los que fueron enterrados religiosamente.

EJEMPLO DE LIBERALIDAD.



Cárlos II rey de España, siendo jóven y visitando un dia á pie las estaciones, halló á su paso á un pobre, y le dió la cruz de brillantes que llevaba puesta, sin verlo nadie; cuando entró en la iglesia, sus cortesanos advirtieron que no la llevaba, y empezaron á decir que habian robado al rey: el pobre, que iba detras, dijo al instante: *ved aquí la cruz del rey, pues S. M. me la ha dado*; y el rey lo confesó. Creyeron que no se debía dejar al pobre la cruz por estar hecha de los brillantes de la corona; pero se decidió en el consejo que de cualquiera modo que fuese hecha una dádiva por el rey, debía mirarse como sagrada, y á consecuencia de esta resolucion se mandó apreciar la cruz, y habiéndose tasado en doce mil duros, fueron librados inmediatamente contra la tesoreria general á favor de aquel mendigo, que dejó de serlo ya por tan feliz hallazgo.

MÁXIMAS MORALES.



El que honra á su madre es como un hombre que reune un tesoro: el que honra á su padre encontrará su alegría en sus hijos, y será oído del cielo en sus oraciones: gozará de larga vida. El que teme al Señor honrará á su padre y á su madre, y servirá como á sus dueños á los que le dieron la vida.

Honrad á vuestros padres por vuestras acciones, por vuestras palabras, y sufriendo con paciencia sus reconvenciones.

Proverbios capítulo I.



Dios os recompensará por haber sufrido los defectos de vuestra madre, os establecerá bien en el mundo, se acordará de vosotros en el dia de vuestras aflicciones, y vuestros pecados se desharán como la nieve en un dia sereno.

Cuan infame es el que abandona á su padre, y cuan maldito de Dios, el que agría el alma de su madre!

Eclesiástico capítulo III.



Los títeres chinoscos.

